

«Ha quedado en mi alcoba un perfume suave y áspero que me sigue.

Es el alma tierna de nuestras caricias, revoloteante a lo largo de los muros, como una mariposa en la noche, hecha de nácar y plata, que gira y muere al pie del candelero.

Desespero de alcanzarla; ella emana de tu ardor, es algo de ti que huye.

Quedó durante el día el desorden de la noche.

Dejé arrugados los almohadones, pendientes las telas, en el sillón que ahuecó tu cuerpo.

Es ahí, sobre tu sombra, que iré a recostarme.

En la ventana, la cortina bate como ala, el perfume tibio va y viene como tu mano prometedora sobre mis cabellos, como tus labios embrujados en mi nuca, como trae tu amor la suntuosa prisión a mi ser palpitante».

La traducción de esta bella obra, hecha por la escritora rioplatense Elena C. de la Colina, nos deja ver que en América no todos los traductores carecen de honradez y de fervor artístico. Y apenas si pudiera tachársele cierto descuido en la forma y algunos leves pecados contra el idioma.

<https://doi.org/10.29393/At161-286CPRE10286>

REINO, poesías de *Eugenio Florit*

La desorientación absoluta en la lírica del Continente, que más de una vez anotáramos en estas mismas páginas, sigue en toda su plenitud. Las aberraciones que diariamente ven la luz en revistas y libros de América, firmadas, a veces, por quienes ganaron un nombre siguiendo otras rutas, y por gente joven, casi siempre, que no ha sabido resistir al imperioso llamado de la moda, comprueban nuestra afirmación de que la poesía americana atraviesa un período triste y equivocado.

Presuntuosas escuelas que en Europa ya no tienen cultivadores, y que sólo consiguieron alarmar a los asustadizos, perduran entre nosotros, más por el desenfado con que se las defiende que por el valor intrínseco de lo que se escribe en conformidad a sus cánones ilógicos. No es el caso de citar nombres, que están en boca de todos. Nos basta con anotar el hecho, que ya el lector desaprensivo hará su monólogo risueño.

Pero quedan todavía, y por suerte, a salvo de ese laberinto de imágenes en que se saltan los límites de lo racional, poetas de substantiva significación como Eugenio Florit, el cubano autor de «Doble acento», libro tan celebrado por Juan Ramón Jiménez, y este «Reino» (1) que acaba de publicarse en La Habana.

Si Florit no ha llegado hasta el grueso público americano, como Nervo y otros poetas de su estirpe, su nombre, y algo de su obra no escasa, son familiares a los espíritus más cultos de cada país en que se habla nuestro idioma.

Sabiduría técnica y sencilla emoción hermanan su verso al de los grandes poetas de siempre. A nadie mejor que a él pudieron aplicarse estas palabras que Juan Ramón Jiménez le dedica: «Nada más antipoético que la imamen desmedida, fuera de lugar, sacada de quicio, de tono, de ritmo; que la escritura ingeniosa, traviesa, payasa que hoy parece que abunda y gusta más que nunca. Los poemas Suficientes de todos los grandes poetas son siempre mejores, mayores que sus poemas Excesivos, que sostiene el ingenio; y por ellos, o por fragmentos de los largos, viven esos poetas en su inmortalidad dichosa».

Como estas notas volanderas no persiguen otro fin— ¡Dios las libre de tener algún día desagradables posturas críticas!—que señalar a la curiosidad de los lectores al gran poeta que hay en Eugenio Florit, nos parece indispensable copiar dos fragmento del «Poema de mi voz»

(1) Talleres tipográficos de Ucar, García y Cía, La Habana, 1938.

Y cuando ya mi voz no sea
este suicidio eterno entre las lágrimas
y este grito tenaz hacia tu nombre.
Cuando esté libre, suelta
mi voz sobre la cuna de la aurora,
y sobre el recio mediodía,
y sobre el canto diluido
en verde y rosa de las tardes,
y sobre el infinito silencio de la noche.
Cuando mi voz, sin cárcel,
esté en la mariposa, y en la flor,
y en trino, árbol y espuma,
estará toda en ti, sólo a ti unida,
a tu presencia fiel, entre tus manos,
en el hierro de amor de tu garganta.

¡Qué nido, al fin, para mi voz perdida!
¡Qué remanso de limpias claridades!
Y hablarás con mi voz,
cantarás con mi voz
y gritaré en tu grito alegre,
—porque tendrás que estar alegre
con mi voz en tu voz.
(Nunca, ya, el miedo oscuro
de esta palabra rota;
nunca, tampoco, el tímido aleteo
y después, ¡y después! la hueca risa).
Ya libre, suelta; pero en ti, a tu lado,
dentro o fuera de ti, contigo, en gracia
de amor, en absoluta entrega:
eterna unión de voces,
de mi voz y tu voz sobre la tierra.

La tiranía del espacio nos priva de transcribir otros poemas, logrados a maravilla por este poeta cubano. Ahí va, sin embargo, este canto en tres versos:

¡Quién tuviera, como el río,
árboles para la sombra
y mar para su destino!

Es de lamentar que libros como el que aquí comentamos no se encuentren en las librerías de Chile. Editado por su autor, en tirada de quinientos ejemplares, llegará a muy pocas manos, y serán muchos los que lo busquen. Como que Eugenio Florit está desde hace tiempo entre los auténticos poetas de América.
—C. P. S.